

GEORGE ORWELL

FASCISMO Y DEMOCRACIA

s e r i e c e r o

Índice

Introducción	7
Fascismo y democracia	13
Reseña de <i>Mein Kampf</i> , de Adolf Hitler	27
Wells, Hitler y el Estado mundial	33
La condenación de la literatura	43
Los escritores y el Leviatán	67
Libertad en el parque	79
¿Qué es el fascismo?	87

Introducción

«El mero sonido de las palabras que terminan en ‘-ismo’ parece traer consigo el olor de la propaganda».

George Orwell

En 1944 George Orwell publicó un artículo breve en el que se preguntaba, con su habitual mezcla de sorna e inquietud, qué significaba exactamente la palabra «fascismo». Había visto esa etiqueta aplicada, con completa seriedad, a conservadores y a socialistas, a pacifistas y a partidarios de la guerra, a los católicos, los Boy Scouts, la policía, los perros y las mujeres. Cualquiera que levantara mínimamente la voz era susceptible de recibir el apelativo. Y precisamente porque la palabra servía para todo, podía acabar por no significar nada.

Ochenta años después, el diagnóstico de Orwell, con matices, por supuesto, no ha perdido ni un ápice de vigencia. La palabra «fascismo» sigue circulando con promiscuidad desatada, aplicándose con mayor o menor cálculo sobre fenómenos que poco tienen que ver entre sí. Ciertamente es que los movimientos que hoy reivindican —explícita o implícitamente— elementos de la tradición fascista han dejado de ser fenómenos marginales en Europa y en buena parte del mundo. Vuelven a ganar elecciones, a dictar agendas, a reconfigurar la imaginación política de la gente. Y vuelve la necesidad de entender qué fue realmente el

fascismo, por qué las democracias liberales tardaron tanto en reconocerlo y por qué, contra todo pronóstico histórico, sigue siendo una forma reconocible de organizar el resentimiento colectivo.

Los ensayos reunidos en este volumen fueron escritos entre 1940 y 1948, en el momento más oscuro y a la vez luminoso del siglo XX: los años en que el fascismo alcanzó su cenit y fue derrotado militarmente, dejando pocas dudas de que tal derrota fuera, además, intelectual y moral. Orwell los escribió desde una posición deliberadamente incómoda: la de un hombre de izquierdas que se negó a cerrar filas con los compañeros de viaje de Stalin, la del demócrata que señalaba irritantemente las hipocresías de la democracia, la del antifascista que desconfiaba profundamente de muchos de sus aliados. Esa falta de acomodo, de aquiescencia, es precisamente lo que hace que estos textos sigan siendo valiosos y útiles hoy.

Presentamos aquí al relativamente desconocido Orwell de la no ficción. El lector que llega a estas páginas desde *Rebelión en la granja* o *1984* encontrará al mismo escritor, pero sin la mediación de la fábula: más directo, más incómodo, a veces más furioso. Algunos de estos ensayos podrían haber sido escritos ayer mismo. Sus argumentos no han envejecido porque los desafíos que los motivaron tampoco lo han hecho.

Los textos

La selección que presentamos abarca casi una década de pensamiento político y literario. Leerlos en el orden aproximado de su producción permite seguir la

evolución de las ideas de Orwell y apreciar cómo el contexto histórico —la guerra, la victoria, la posguerra— va introduciendo variaciones en las preguntas, aunque las respuestas cambiaran poco.

«Fascismo y democracia» (1941) plantea desde el principio el argumento central del libro: la democracia liberal tiene defectos reales, graves, perfectamente documentables; y aun así, la diferencia entre una democracia imperfecta y un régimen totalitario no es de grado, sino de naturaleza. Orwell enumera las críticas habituales a la democracia burguesa —la desigualdad, el control de la prensa por los ricos, la manipulación del sistema electoral— y las admite en buena medida. Pero luego señala algo que sus adversarios prefieren ignorar: que la diferencia entre un malestar difuso y el terror sistemático, entre criticar al gobierno en el *pub* y no poder hacerlo ni en casa, importa. Es, además, una de las defensas menos perezosas y más honestas del socialismo que quepa leer: la de un librepensador que no se casa con nadie.

«Reseña de *Mein Kampf*» (1940) ofrece algo que en su momento debió resultar perturbador: una lectura sin condescendencia del libro de Hitler. No desprecia ni caricaturiza. Reconoce el atractivo emocional del nazismo —su ofrecimiento de lucha, sacrificio y sentido de pertenencia a la gente que se sentía privada de ellas por el liberalismo racionalista— y advierte que subestimarlos es uno de los errores más costosos que puede cometer una sociedad abierta. El fascismo, viene a decir, no triunfa a pesar de su irracio-

Fascismo y democracia¹

Uno de los pasatiempos más corrientes del mundo es el de desacreditar la democracia. Aquí en Inglaterra apenas hay necesidad de preocuparse ya por los argumentos contra el gobierno popular de la reacción: durante los últimos veinte años la democracia «burguesa» ha sido atacada de forma mucho más sutil por fascistas y comunistas, y resulta sintomático que estos aparentes enemigos entre sí hayan usado los mismos argumentos. Es cierto que los fascistas, con sus audaces métodos de propaganda, también utilizan cuando les conviene el argumento aristocrático de que la democracia «lleva a los peores a lo más alto», pero la tesis fundamental de todos los defensores del totalitarismo es que la democracia es un fraude. Se supone que no es más que una tapadera para el gobierno de un pequeño grupo de hombres ricos. Lo cual no va del todo desencaminado ni hay evidencia alguna que lo contradiga, más bien al con-

¹ Publicado en febrero de 1941 en *The Left News*, la revista mensual más importante del Left Book Club, un grupo editorial nacido para revitalizar el pensamiento de la izquierda en Gran Bretaña. Aunque al proyecto se le reprochó estar bajo la órbita de influencia soviética —su editor, Victor Gollancz, se negó a publicar *Homenaje a Cataluña*—. Desapareció en 1948.

trario: existen más argumentos en su favor que en su contra. Cualquier estudiante de dieciséis años puede atacar la democracia mucho mejor de lo que puede defenderla. Y no hay respuesta para él, a menos que se conozca bien el «argumento» antidemocrático y se esté dispuesto a admitir la gran dosis de verdad que contiene.

Para empezar, siempre se critica a la democracia «burguesa» porque queda invalidada por la desigualdad económica. ¿De qué le sirve a un hombre que trabaja doce horas al día por tres libras a la semana la así llamada libertad política? Puede que una vez cada cinco años tenga la oportunidad de votar por su partido favorito, pero el resto del tiempo prácticamente cada detalle de su vida está dirigido por su empleador. En realidad, también su vida política está dirigida. Los ricos tienen el poder de mantener en sus manos todos los puestos ministeriales y funcionariales importantes, y manipular el sistema electoral a su favor sobornando al electorado directa o indirectamente. Incluso cuando, por alguna casualidad, un gobierno que representa a las clases más pobres llega al poder, los ricos suelen chantajearlo amenazando con la fuga de capital. Y lo más importante es que casi toda la vida cultural e intelectual de la comunidad —periódicos, libros, educación, películas, radio— está controlada por hombres adinerados con motivos de peso para impedir la difusión de ciertas ideas. El ciudadano de un país democrático está «condicionado» desde su nacimiento de forma menos rígida, pero no menos eficaz, de lo que lo está en un Estado totalitario.

No tenemos la certeza de que el gobierno de una clase privilegiada pueda ser derrocado por medios puramente democráticos. En teoría, un gobierno laborista podría llegar al poder por una clara mayoría y proceder de inmediato a establecer el socialismo a través de una ley del Parlamento. En la práctica, los ricos se rebelarán —probablemente con éxito— porque tendrán de su lado a la mayoría de los funcionarios y hombres de las fuerzas armadas. Los métodos democráticos solo son posibles cuando existe una base de acuerdo lo suficientemente amplia entre todos los partidos políticos. No hay razones de peso para pensar que se pueda lograr jamás un cambio verdaderamente fundamental por medios pacíficos.

Suele decirse que toda la fachada de la democracia —la libertad de expresión y de reunión, los sindicatos independientes, etc.— se derrumba tan pronto como las clases pudientes pierden el poder de hacer concesiones a sus empleados. Se dice que la «libertad» política no es más que un soborno, un sustituto sin derramamiento de sangre de la Gestapo. Es un hecho que los países que llamamos democráticos suelen ser países prósperos —y en la mayoría de los casos explotan mano de obra barata de color, directa o indirectamente— y que la democracia tal y como la conocemos nunca ha existido excepto en países marítimos o montañosos, es decir, países que pueden defenderse sin necesidad de un enorme ejército permanente. La democracia conlleva, y probablemente exige, condiciones de vida favorables: nunca ha florecido en Estados pobres y militarizados. Quítenle a Inglaterra su protección insular —se dice— y retor-

nará de inmediato a métodos políticos tan bárbaros como los de Rumanía. Además, todo gobierno, democrático o totalitario, se apoya en última instancia en la fuerza. Ningún gobierno, a menos que esté dispuesto a consentir su propio derrocamiento, puede mostrar ni muestra el más mínimo respeto por los «derechos» democráticos en cuanto se ve seriamente amenazado. Un país democrático que libra una guerra desesperada se ve obligado, tanto como una autocracia o un Estado fascista, a reclutar forzosamente soldados, coaccionar a los trabajadores, encarcelar a los derrotistas, suprimir los periódicos sediciosos; dicho de otro modo: solo puede salvarse de la destrucción dejando de ser democrático. Las cosas por las que se supone que lucha son inmediatamente descartadas en cuanto comienza el conflicto.

Esta es, en resumen, la acusación contra la democracia «burguesa» presentada, si bien con diferencias de énfasis, tanto por los fascistas como por los comunistas. Justo es reconocer que contiene mucha verdad. Y, sin embargo, esto es en última instancia falso. ¿Por qué todos los que han crecido en un país democrático saben, casi de manera instintiva, que hay algún error en toda esta argumentación?

Lo que falla en esta conocida refutación de la democracia es que no es capaz de explicar la totalidad de los hechos. Las diferencias efectivas en la atmósfera social y el comportamiento político entre unos países y otros son mucho mayores de lo que diga cualquier teoría que descarte las leyes, costumbres, tradiciones, etc., como meras «superestructuras». Sobre el papel es muy sencillo demostrar que la de-